



NOTAS SOBRE EL TEATRO EN NICARAGUA

La aparición de "El Güegüense" en el siglo XVII, dió a Nicaragua el privilegio de ser la cuna del arte teatral latinoamericano. Hija del mestizaje, barroca y primitiva, nació la obra con virtudes y defectos que no han sido superados, sin embargo, por la producción teatral de los siglos posteriores. Su fuerza primigenia, la excepcional personalidad nicaragüense del protagonista, la unidad dramática y el sentido satírico de toda la obra, la convierten en una pieza clásica del teatro americano.

Sorprende, sin embargo, el hecho de que esta extraordinaria producción popular no promoviera un movimiento teatral trascendente y definido en Nicaragua. Poblados y villas se limitaron a escenificar "Retablos", "Misterios" y "Pastorelas", penetradas de temas bíblicos, tales como: "Original del Gigante", "Pastorela para Obsequio del Niño Dios", "Historia Titulada la Restauración del Sacramento", "Historia de Sansón y Dalila" y "Loga del Niño Dios", entre otras, y que constituyen variaciones folklóricas de Actos Sacramentales españoles, comunes en todo el teatro latinoamericano de la época.

En los siglos XVIII y XIX, autores de escasa calidad dramática intentaron individualizarse como creadores escénicos; pero sus obras fueron un fidelísimo reflejo de sus lecturas literarias o la dramatización intrascendente de hechos históricos y anécdotas familiares. En 1824, Juan Solistagua publicó su "Diálogo entre uno de los que llaman serviles y el ciudadano Cleto Ordóñez", escrito en Granada durante la Guerra Civil, y que es, tal vez, el primer texto teatral nicaragüense de autor conocido. El prócer de la Independencia, Don Miguel de Larreynaga, escribió en 1847 una divertida "Comedia sobre las Quiebras Fraudulentas", que destacamos únicamente por la importancia histórica de su autor. "La Familia de Padilla", (1874), del Canónigo Salvador Delgado; "Tragedia en Verso", (1881), de Francisco Díaz; "Don Ruperto y Doña Bombolla", (1882), del poeta popular granadino Procopio Vado y Zurrizana, resumen la calidad teatral alcanzada en esa fecha. Encontramos en 1886 una curiosísima vocación dramática, que podría haber alzado a alturas inesperadas el teatro hispanoamericano. Fué cuando Rubén Darío escribió dos pequeñas obras: "Cada Oveja. . ." y "Manuel Acuña", valiosas por la emoción lírica del genio adolescente. Darío desistió tempranamente de su producción teatral; pero conservó siempre su amor para con este difícil arte, y en su extensa obra se encuentran numerosas referencias a personajes dramáticos, puestas de escena, críticas teatrales, notas sobre actores, y aplausos y elogios a compañías y comediantes.

Nombres y obras fueron perfilando una fisonomía particular de nuestro teatro, caracterizado por la absoluta carencia de verdaderos valores dramáticos y por la superabundancia de melodramas y de comedias grotescas. Entre ellas relacionamos las siguientes: "Al Borde del Abismo", (1887), de Manuel Blas Sáenz; "Carlos el Tattamudo", (1887), de Pedro Ortiz; "El Escalafón de Don Gustavo", (1890), de Miguel Ramírez Goyena y Carlos A. García; "Ocaso", (1905), de Santiago Argüello; "La Casa del Doctor", (1907), de Feliciano Gómez; "Los Ciegos", (1917), de Juan Ramón Avilés; "Aquella Canción", (1917) de Ramón Caldera; "El Vendaval", (1918), de Hernán Robledo; "La Rifa", (1919) de Anselmo Fletes Bolaños; "La Falla del Pantalón", (1922), de Adolfo Calero Orozco; "Los Amigos . . . Sabes?", (1929), de Juan F. Aguerri, y "Cora, la Cortesana", (1932) de Hugo Vid que sumieron al teatro nacional en una marcada mediocridad.

En 1937, Pablo Antonio Cuadra sube a escena su obra : "Por los Caminos Van Los Campesinos", que refleja fielmente la tragedia y la angustia que asola al hombre de la tierra nicaragüense, dividido por las guerras partidistas. Sus personajes tienen un auténtico carácter humano y sus conflictos y pasiones están expresados con verdadero dominio escénico. Toda la obra está impregnada de poesía, y es sin duda alguna, la más valiosa y representativa pieza del teatro nicaragüense contemporáneo.

"Chinfolia Burguesa", de José Coronel Urtecho y Joaquín Pasos, escrita en 1939, es una estupenda sátira de la alta clase media del país, y evidencia la sutileza de ingenio y el excelente buen humor de dos de nuestros grandes poetas.

El movimiento de Vanguardia, surgido en Nicaragua en 1928, intentó vitalizar el anémico teatro nacional, iniciando la búsqueda de una expresión auténticamente nicaragüense en nuestro teatro, recogiendo las dispersas piezas folklóricas y reelaborando la tradición dramática española, en obras propias. En este período sobresalen "El Arbol Seco", "Satanás Entra en Escena", "Coloquio del Indio Juan de Catarina", "Pastorela", "El que Parpadea Pierde" y "La Cegueta", de Pablo Antonio Cuadra; "La Novia de Tola", (1939), de Alberto Ordóñez Argüello; "El Congreso se divierte", (1940), de Ge. Erre. Ene y "La Niña del Río", (1943), de Enrique Fernández.

El Teatro Infantil estuvo representado discretamente por Josefa Toledo de Aguerri, Gratus Alftermayer, Sofonías Salvatierra, Diego Manuel Sequeira, Ofelia Morales y María Berrios, quienes subieron a escena dramatizaciones escolares sobre temas históricos y versiones de fábulas y cuentos folklóricos.

Influenciados por las novedosas tendencias teatrales europeas, desvinculados de la compleja tradición escénica nacional, con garra e intereses propios, los autores de la última generación intentan exteriorizar su "YO" dramático, a través de obras como "La Venganza", (1954), de José de Jesús Martínez; "La Luna y Una Canción", (1954), de Octavio Robledo; "Incidente", (1964), de Armando Urbina Vásquez; "Ancestral 66", de Alberto Ycaza y "Judith", de Rolando Steiner.

La puesta en escena de la comedia dramática "Máscaras Exige la Vida", de Pablo Antonio Cuadra, en 1952, impulsó la formación de un grupo interesado en alentar la presentación escenográfica en Nicaragua. Pioneros de este movimiento en pro del desarrollo teatral fueron: Adán Castillo, Titina Leal, Mary Lou Patiño, Samuel Barreto y Francisco Barberena, entre otros.

El recién formado grupo escénico fue relevado por Gladys Ramírez de Espinosa, Mimi Hammer, Peter Cooke, Ligia Chamorro y Amalia Benard, quienes después de grandes esfuerzos lograron constituir el "Teatro Experimental de Managua", presentando las siguientes obras: "Mujeres", de Claire Boothe Luce; "La Esposa Constante", de Somerset Maugham; "La Casa de Bernarda Alba", de Federico García Lorca; "Esquina Peligrosa", de Priestley; "La Zorra y las Uvas", de Guillermo Figuereido, y "Luz de Gas" de Patrick Hamilton.

La creación del Teatro Experimental de Managua impulsó la aparición de nuevos grupos escénicos, tales como el Teatro de Bellas Artes, el Teatro de la Universidad Nacional, El Atelier de Teatro, La Comedia Nacional de Nicaragua, el Teatro Estudio de la Universidad Centroamericana (TEUCA), el Teatro Experimental de Granada, El Teatro "U" de Boaco, el Teatro Arena Nicaragüense, La Comedia del Arte, y el grupo Las Máscaras, que han presentado obras de autores europeos.

Sin embargo, el principal obstáculo que encuentra la presentación escenográfica en Nicaragua, es la absoluta carencia de subvención estatal, corriendo cada grupo con la grave responsabilidad económica de cada puesta en escena.

Cada asociación dramática tiene un número de actores experimentales, que brindan lo mejor de su esfuerzo e intuición histriónica, logrando la mayoría de las veces, milagrosas actuaciones, que revelan la potencial riqueza y el poder de nuestra voluntad creadora.

En el presente año, la temporada teatral se ha iniciado con la presentación en Bellas - Artes de la comedia "Don Juan", de Guillermo Figueredo, dirigida por Adán Castillo. Posteriormente en marzo, el Teatro Experimental de Managua presentará la famosa obra de Colette, "Gigi", dirigida por Alberto Ycaza, protagonizada por Tina Benard, Mercedes Cuadra, Anita Wheelock de Horvilleur, Mimí Hammer, Gloria Zelaya y Alejandro Cardenal.

